

«Barroco»

| Autores...Darko Lukic y Tomaz Pandur
| Director...T. Pandur |
| Escenografía...Numen |
| Vestuario...Angelina Atlagic |
| Iluminación...Juan Gómez Cornejo |
| Coreografía...Nacho Duato |
| Música...Silence | Actores...Blanca Portillo, Asier Etxeandía, Chema León |
| Lugar...Centro Cultural de la Villa, Madrid |

Amor caníbal

JUAN IGNACIO GARCÍA GARZÓN

En un espacio fuera del tiempo, la marquesa de Merteuil y el vizconde de Valmont reeditan su historia de amor caníbal, atrapados en un rigodón manierista fascinante, como mariposas hipnotizadas por la luz de un farol que acabará calcinándolas. El salón de antes

de la Revolución Francesa puede ser un búnker postnuclear, un no lugar de muros cambiantes, el laberinto en el que la pareja de libertinos consume su voracidad ritual. Se perciben en sus palabras los ecos de la novela epistolar de Choderlos de Laclos y el rigor estilizado de Heiner Müller, que revisó y dio hondura en su «Cuarteto» al latido esencial de «Las amistades peligrosas». La Historia, se dice, es un monólogo y, como en la correspondencia, que conlleva una sucesión de voces escritas que se alternan, el dúo protagonista de «Barroco» más que dialogar se arroja sus monólogos, se acuchilla con ellos.

Darko Lukic y Tomaz Pandur proponen en su texto una inteligente relectura metaliteraria,

o metateatral si se prefiere, de la esgrima entablada por los personajes y la hacen flotar sobre las olas del tiempo, condenándolos así a un eterno combate amoroso, cada uno mirándose en el espejo del otro y amándose al tiempo que se destruyen, en perpetua ceremonia de erotofagia y cambio de roles. Un tercer personaje, el Navegante, suerte de narrador/catalizador de la acción, anuncia las coordenadas de esta singladura feroz y apasionada. Si en otros espectáculos vistos en España («Infierno», «Cien minutos») Pandur ofrecía un menú tan gélido y, por momentos, hueco como de estética deslumbrante, en «Barroco» penetra en territorios de gran hondura, abisales miradas a las liturgias de la relación amorosa, sin abandonar

sus constantes de gran exigencia plástica, y culmina el envite con un notable guiño anticatólico.

Es este un montaje de atmósfera operística, rezumante de simbologías frutales (fresas que se devoran, uvas que se estrujan para arrebatarnos el jugo, parto de sandías que se pulverizan) y suma de elementos magistralmente orquestados: la música, la espectacular escenografía convertida en personaje vivo, el soberbio vestuario, la iluminación... Y sobre (o junto a) todos ellos la interpretación de Blanca Portillo, soberana mantis religiosa, tan deslumbrante como temible, maravillosa, y Asier Etxeandía, bello tenebroso; Chema León, matizada a distancia, sostiene la brújula precisa.